

● Periférica publica dos breves y sugerentes obras de Benjamin dedicadas al que quizá fuera su único tema, la naturaleza y la significación de la ciudad

Misterio y enumeración del mundo

INFANCIA BERLINESA HACIA MIL NOVECIENTOS

Walter Benjamin. Trad. Richard Gross. Periférica. Cáceres, 2021. 136 págs. 11 euros

CALLE DE SENTIDO ÚNICO

Walter Benjamin. Periférica. Cáceres, 2021. 176 págs. 11 euros

Manuel Gregorio González

Periférica publica dos breves y significativas obras de Walter Benjamin, de intencionada sugerencia, donde lo que se pretende, a la manera elusiva que acostumbra, es una suerte de convocatoria y enumeración del mundo, de su mundo, del Berlín de primeros del XX, y ello en dos estadios distintos, separados por una radical cesura: la Gran Guerra, que sumió a la Alemania derrotada en una crisis económica y social de la que saldría, como sabemos, otro conflicto armado. Aún así, tanto el Berlín modernista que se contiene en la *Infancia berlinesa hacia mil novecientos*, como la *Calle de sentido único* donde se reconstruye, al modo sincopado del publicista, la ciudad de entreguerras, responden a una misma forma de concebir la literatura y a un mismo proceder estético. Un proceder estético que pudiéramos vincular fácilmente con Warburg y su *pathosformel*, pero cuyo linaje, como veremos, es más vasto e intrincado.

Ginzburg tiene escritas páginas de enorme perspicacia sobre el saber indiciario y sus implicaciones artísticas. Desde la gran literatura policial de Conan-Doyle al método psiconalítico de Freud, lo



El escritor y filósofo berlinés Walter Benjamin.

que Ginzburg destaca es una forma de conocer el todo a través de la parte, la enfermedad a través del síntoma, de la que Benjamin y sus *Pasajes* son uno de los grandes ápices del XX. En este sentido, es necesario recordar su método del crítico de arte italiano y senador del Reino, Giovanni Morelli. Y también debe

destacarse que dicho proceder es el mismo que emplearán, con notable inteligencia, tanto el esteta John Ruskin como su devoto discípulo y contradictor, Marcel Proust, cuyo mecanismo—de orden psicológico—se recogía en la figura del bizcocho mojado en té, a partir del cual la memoria reabría su misteriosa e inagotable magia. Ruskin, en fin, creía en la posibilidad de reconstruir una época, un orbe cultural, a través del detenido examen de un capitel. Proust, más modesto, sólo quería reco-

brar, no tanto el mundo de Guermantes, sino su memoria de él, de naturaleza necesariamente esquiva. Esta es la misma mecánica que empleará Freud, aplicada al inconsciente y a la interpretación de los sueños. Sueños cuya apariencia arbitraria, cuyo uso dislocado de las imágenes, encubridoras del recuerdo, usará De Chirico en su pintura.

Un héroe de nuestro tiempo

YO ACUSO

Émile Zola. Traducción José Elías. Austral. Barcelona, 2021. 160 págs. 3,95 euros

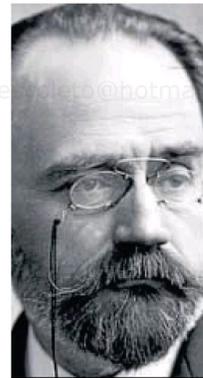
M. G. González

El lector tiene ahora a su disposición un texto de singular importancia, escasamente editado y aún más escasamente leído. Hablamos del célebre *J'accuse—Yo acuso—* de Émile Zola, pieza mayor del periodismo del XIX-XX, de enorme calidad literaria, pero cuya importancia reside, no en el talento de don Emilio, sino en el excepcional arroyo y la sobrecogedora solemnidad con la que supo enfrentarse al

Gobierno y el Estado Mayor de su país, en defensa de un inocente. Ese inocente se llamaba Alfred Dreyfus, capitán alsaciano de la República, quien fue acusado falsamente de traición, debido, principalmente, a su ascendencia judía.

Los lectores de Proust recordarán su valiente posición en esta delicada cuestión europea, así como la importancia que adquirió el caso Dreyfus en la Francia finisecular que conocemos por su *À la recherche...* De

fondo estaba, en cualquier caso, la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana de 1870-71, donde se perdieron la Alsacia y la Lorena, como el pernicioso y extendido antisemitismo (todavía hoy inextinguible), cuyas consecuencias se conocerían cuatro décadas más tarde. En este pequeño e involuclable volumen se recogen una buena porción de los artículos que Zola escribió tanto en *Le Figaro* como en *L'Aurore*, donde se publicaría, el 13 de enero de 1898, su *Yo acuso. Carta a Monsieur Félix Faure, presidente de la República*. También hubo de publicar a sus expensas, el colosal y emocionante don Émile, cuando los



Émile Zola (París, 1840-1902).

De Chirico, al desplazar el significado de las imágenes, buscaba ver los objetos por primera vez, desde una extrañeza originaria. Y eso es lo que Benjamin parece pretender en su *Infancia berlinesa hacia mil novecientos*. La nueva consideración, llena de una cordial ajenidad, del viejo mundo. Un viejo mundo, el de Benjamin, que no es sino el mundo vertiginoso de la ciudad, aún sin historia, sin una imagen concreta que lo solemnize y lo naturalice en la memoria humana, como ocurre con la milenaria vida del agro. Es aquí, como decíamos, donde Benjamin se aproxima a un lugar común de aquella hora, que Warburg llevaría a su extremo clásico: la existencia de formas míticas, anteriores o externas a la historia, que de algún modo prefiguraron o expresan nuestros sentimientos. Eso es lo que buscaba, secuencialmente, la *pathosformel*, y eso es lo que busca, de forma expresa, Benjamin, en esta *Infancia berlinesa...*, escrita en 1932. Cuatro años antes, su *Calle de sentido único* parece buscar la impresión/expresión de la ciudad por la vía de los nuevos mecanismos de promoción y producción masivas. Lo cual, como sabe el lector de Benjamin, no es otra cosa que la ambiciosa y fantasmal requisitoria—otra vez las huellas, los indicios—que se practica en la obra de los *Pasajes*.

Como resultado lógico de tal forma literaria—el fragmento—y de dicha concepción estética de la imagen, a cuyo fondo quizá riembla un arquetipo, el lector de Benjamin es, necesariamente, un lector participativo, que necesita de cierta atención, de cierta habilidad para la sugerencia, de la que emanará, en última instancia, una imagen total, pero a la manera puntillista, del Berlín de aquella hora. También, y principalmente, una imagen del propio Benjamin, que aquí nos ofrece, junto al delicado ejercicio de melancolía, una modesta teoría del conocimiento.

periódicos no se atrevieron a darle amparo. Se trata, en consecuencia, de un "libro de fuego", como quería Chesterton que fueran los suyos, donde un hombre, casi en solitario, se enfrenta a los poderes de su país y al extendido y criminal prejuicio antisemita.

Hay, por otra parte, fundados indicios de que Zola, quien fue juzgado y condenado por esta emocionante defensa de la verdad, murió envenenado mediante un sencillo procedimiento: obturar el tiro de la chimenea, matándolo por afixia. Lo cual, desgraciadamente, no era en absoluto descabellado, como comprenderá quien se inmerja en el extraordinario y honorable ejemplo de estas páginas: tanto en lo que concierne al valeroso escritor como a lo valeroso y honestamente escrito.